

Freud cervantista[†]

Dr. Juan Vives Rocabert*

* Psicoanalista Docente, Asociación Psicoanalítica Mexicana, A.C.

^(†) Trabajo leído durante el XLVI Congreso Nacional de Psicoanálisis "Freud y lo transgeneracional", en el 150 Aniversario del nacimiento de Sigmund Freud, en Veracruz, Ver., el 2 de diciembre del 2006.

Todo, o casi todo, se ha dicho sobre Cervantes y su obra, principalmente en torno del **Quijote**, su realización más grande. En este juicio podríamos incluir a los estudios que, desde el psicoanálisis, se han realizado en torno del famoso *manco de Lepanto*, aunque pensamos que la perspectiva psicoanalítica aún no ha sido suficientemente explorada. Pensamos que la disciplina descubierta por Sigmund Freud puede aportarnos un punto de mira distinto que podría resultar contrastante o complementario con otras formas de leer, abordar y entender el mundo del Caballero de la Triste Figura.

Pero más allá de lo que el psicoanálisis aplicado ha aportado al entendimiento de la obra literaria, ahora es el turno de rescatar lo que el autor de **La Galatea** ha aportado al psicoanálisis, sobre todo si tenemos en cuenta que Freud fue un lector de Cervantes y, con toda seguridad, tomó inspiración en algunas de sus obras maestras. Sabemos, incluso, que aprendió sin maestro a leer el español, con el fin de empaparse de la obra del máximo literato de España y de la literatura en ese idioma.

Es necesario recordar, una vez más, que el mundo del **Quijote** influyó de manera muy especial sobre el creador del psicoanálisis. Sabemos que Freud acudió a la obra de Cervantes al menos en dos ocasiones: la primera durante su adolescencia, y la segunda siendo un joven adscrito a un servicio de psiquiatría que intentaba desentrañar los misterios del delirio, relectura que aprovechó para recomendarle a su novia Martha el **Quijote** para que se divirtiera con este texto.

En relación a la extensión de la primera lectura de la obra de Cervantes, es más que probable que ésta haya incluido, al menos, al **Quijote...** y las **Novelas ejemplares**. Posteriormente, en la segunda ocasión, sabemos que volvió a leer el **Quijote** - así como **Las tentaciones de San Antonio**, de Flaubert - con el fin de estudiar el problema del delirio.

Según Grinberg y Rodríguez¹ (1984), en 1883 Freud estaba leyendo el **Quijote**. La secuencia de sus intereses tenía que ver con el estudio de la psicosis alucinatoria aguda de Meynert, que lo llevó a leer **Las tentaciones de San Antonio** de G. Flaubert. Según nos ha dejado consignado Jones, el 26 de julio de 1883 Freud le escribía a su novia: "Lo que por encima de todo impresiona es lo vívido de las alucinaciones, la forma en que las impresiones sensoriales se encrespan, se transforman y, de pronto, desaparecen. Uno las comprende mejor cuando recuerda que Flaubert era epiléptico y proclive, él mismo, a las alucinaciones."² Dado el interés de Freud en esta temática, no resulta ilógico deducir que a continuación se diera a la relectura del **Quijote** con el fin de complementar sus exploraciones sobre la locura y la alucinación, lo que se confirma por los comentarios que sobre esta obra le hizo a Martha en las cartas del 22 y 23 de agosto, y del 8 de septiembre de 1883.³ Por tanto, la entrada a la clínica de psiquiatría con Meynert, las lecturas de **Las tentaciones de San Antonio**, de Flaubert, del **Quijote**, de Cervantes, y los relatos sobre Anna O. por boca de Breuer (quien también alucinaba) forman un continuo que nos permite saber que la lectura de la obra cervantina tuvo que ver con su interés por explorar sobre la vida delirante del caballero manchego. Es claro que esta exploración le acercó a la idea de que las alucinaciones son una forma de realización de deseos del sujeto.

Sin embargo, como ya mencionamos, los primeros contactos de Freud con la obra de Cervantes nos remiten a un periodo anterior: a su infancia y adolescencia. Él mismo lo comenta en una carta a su novia del 7 de febrero de 1884, donde le cuenta que junto con su íntimo amigo de adolescencia Silberstein, habían fundado una Academia Española que tenía sólo dos socios: él y su amigo. Ambos se escribían cartas en un español bastante rudimentario, producto de sus aprendizajes autodidactas de la

lengua. En su correspondencia, adoptaron como sobrenombres aquellos que Cervantes immortalizó en **El coloquio de los perros**: Freud era *Cipión*, mientras que su amigo Silverstein era *Berganza*. Curiosa e interesante circunstancia. ¿Cómo es que los miembros de la Academia Española se decidieron por estos dos “personajes” de entre la pléyade de caracteres que aparecen en la obra del genio español? Aún no lo sabemos; sin embargo, Grinberg y Rodríguez han adelantado la hipótesis de que no es casual que Freud haya asumido la “personalidad” de *Cipión*, que es el perro que en el **Coloquio...** adopta la postura de oyente mientras que *Berganza* es el que se hace escuchar por su perruno interlocutor. Es interesante ver cómo las intervenciones de *Cipión* son generalmente breves y están basadas en máximas populares, sentencias y consejos, mientras que el discurso de *Berganza* es expositivo y cártico –por lo que necesita de continuo de la contención que siempre le ofrece su amigo–.

De hecho, en el **Coloquio...** hay que tomar en cuenta que el diálogo entre los perros pudiera estar referido a las ideas delirantes y alucinaciones provocadas en el enfermo Campuzano por un tratamiento a base de mercuriales. De ahí la naturaleza especial de esta obra que, en estricto sentido, es la segunda parte de **El casamiento engañoso**, obra que nos lleva hasta el Hospital de la Resurrección de Valladolid, en cuya puerta se desarrolla el interesante diálogo entre *Cipión* y *Berganza*.

De esta suerte, para poder acercarnos un poco más a las determinantes que hicieron que Freud adoptara el pseudónimo de *Cipión* en su correspondencia adolescente, tendremos que entrar, bien sea de manera muy esquemática en estas dos obras, la segunda de las cuales es continuación de la primera.

El casamiento engañoso desarrolla su trama a través de un diálogo que se lleva a cabo entre el alférez Campuzano y el licenciado Peralta, el primero de los cuales, flaco, tembloroso y amarillento, acaba de salir del Hospital de la Resurrección de Valladolid. En esta forma asistimos al relato de Campuzano que explica a su recién encontrado amigo, quien le hacía en Flandes, cómo es que acaba de salir del hospital; de ahí su lamentable aspecto. En esa institución acaba “de sudar catorce cargas de bubas que me echó a cuestras una mujer que escogí por mía, que no debiera.”⁴

Ante lo maltrecho de su compañero, Peralta lo invita a su posada para, mientras comen algo, le pueda el segundo contar sus cuitas y desdichas con un matrimonio al parecer muy desafortunado.

Es así como Campuzano le cuenta a su amigo que tiempo atrás, estando en la Posada de la Solana con el capitán Pedro de Herrera, ahora en Flandes,

entraron “dos mujeres de gentil parecer, con dos criadas.”⁵ Una de ellas se puso a hablar con el capitán y la otra con él, aunque sin dejarse ver el rostro con claridad. Y mientras más le pedía a su interlocutora que se descubriese para conocer su cara, más se negaba ella y mayor el enardecerse del deseo de Campuzano –lo que muestra claramente, desde aquellos tiempos, que el deseo es el hijo de la insatisfacción, o sea, de la carencia. La buena señora sólo se permitió sacar de detrás del manto que la cubría, “una blanca mano, con muy buenas sortijas.”⁶

Ante la insistencia del soldado, la dama le propuso que un criado de él la siguiese hasta su casa y, si allí luego él se presentaba al otro día, le haría la gracia de desembozarse. Ni tardo ni perezoso, al día siguiente, guiado por el criado, fue Campuzano a la casa de la señora a la que encontró “muy bien aderezada y una mujer de hasta treinta años.”⁷ No era demasiado hermosa, pero el habla la tenía seductora al punto de rendir al hombre quien, perdidamente enamorado, hizo todo lo necesario para conquistarla. Luego de cuatro días de visitarla, “sin que llegase a coger el fruto que deseaba”, doña Estefanía de Caicedo –que así se llamaba la dama– se sinceró con él diciéndole que, aunque pecadora había sido, ahora no lo era, y que de una familia tenía heredada alguna hacienda que bien vendida podría equivaler a dos mil quinientos ducados; con esta dote como capital lo que ella buscaba era marido con quien encomendar su vida. Entre las prendas personales que le ofrecía, además de prometerle que le trataría a cuerpo de rey, le advertía: “sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala.”⁸ Así fue como le dijo que ella buscaba “marido que me ampare, me mande y me honre, y no galán que me sirva y me vitupere.”⁹

El enamorado Campuzano de inmediato aceptó la propuesta, agregando que si contaban además con su cadema de oro, sus adornos y otros bienes, podrían juntar otros dos mil ducados, por lo que uniendo ambas fortunas podían retirarse a vivir en la aldea de donde era natural y donde tenía algún terreno y podrían vivir “una vida alegre y descansada.”¹⁰

Así las cosas, se llevó a cabo el desposorio donde Campuzano llevó como testigos a dos de sus amigos y ella a un mancebo del que dijo era su primo. De esta manera nuestro soldado se mudó a la casa de su amada, guardando en un baúl su cadena de oro y el resto de sus joyas, amén de entregarle en propia mano, para los gastos de la casa, los cuatrocientos reales que tenía.

Seis días duró su felicidad “espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico. Pisé ricas alfombras, ajé sábanas de Holanda, alumbreme con candelabros de plata. Almorzaba en la cama,

levantábame a las once, comía a las doce, y a las dos sesteaba en el estrado.”¹¹

En ésas estaban cuando un día llamaron a la puerta a grandes golpes, presentándose doña Clemente Bueso y el señor don Lope Meléndez de Al-mendárez acompañados de sus criados y su dueña Hortigosa. Ante la llegada de estas personas, Estefanía le advirtió que todo cuanto iba a suceder era fingido, pues su amiga Clementa le había pedido prestada la casa para hacerle creer a don Lope que era de ella con el fin de inclinarlo a casarse. Para lo cual le propuso trasladarse a casa de una amiga suya. Así que se vistieron, cogieron el baúl y salieron sin despedirse de nadie. Cuando llegaron a casa de la amiga, Estefanía se pasó un buen rato hablando a solas con ella, luego de lo cual se instalaron en una estrecha habitación donde pasaron seis días durante los cuales no pararon de pelear por la decisión que ella había tomado al prestar su casa.

Un buen día, Estefanía dijo que se iba a ver cómo iban las cosas, y como la amiga que les acogió aprovechó para preguntarle a Campuzano el origen de sus frecuentes discusiones y él le comentó el disparate y temeridad de su mujer de haber prestado su casa a Clementa para seducir a don Lope, todo se aclaró cuando la amiga, santiguándose repetidamente, le hizo saber que doña Clementa Bueso era la verdadera dueña de la casa y de la hacienda que a él le habían prometido por dote. Así se enteró de la gran mentira de Estefanía quien, aprovechando un viaje de su amiga Clementa a Plasencia, donde tenía parientes, urdió el fraude de que había sido objeto.

A partir de entonces, el burlado Campuzano buscó y rebuscó a la tal Estefanía con el fin de darle ejemplar castigo, pero no la encontró ni debajo de las piedras, así como tampoco el baúl donde ella había guardado los tesoros de Campuzano. Pese a todo, el soldado se conformó con su suerte, pues, como le confesó a Peralta, estaban tal para cual, pues tanto su cadena de oro como sus joyas y cintillas eran todo falso y no valía todo junto más que unos pocos reales.

Lo que más le dolió a Campuzano es que la tal Estefanía se había ido con el aparente primo, que no era otra cosa que “su amigo a todo ruedo”. Pero no pararon allí los problemas de nuestro protagonista, pues junto con el cambio de posada comenzó a mudar el pelo, se le pelaron las cejas y las pestañas y al poco tiempo se quedó sin cabellos, que por eso le llaman a este padecimiento lupicia y también, “la pelarela”.

De ahí siguió empeorando de su enfermedad hasta que tuvo que recurrir a los servicios del Hospital de la Resurrección donde tomó hasta “cuarenta sudores”. Pero el bueno de Campuzano se da por bien servido pues dicha desafortunada experiencia le dio

pie a vivir una de las situaciones más inverosímiles de su vida entera. Recordándole al licenciado a aquellos “dos perros que con dos linternas andan de noche con los Hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna”¹² y de día guardando el hospital como unos leones, le cuenta que él escuchó y casi vio una noche a estos dos perros hablando entre sí. Son los famosos *Cipión y Berganza* a los que, una noche, “que fue la penúltima que acabé de sudar, echados detrás de mi cama, en unas esteras viejas, y a la mitad de aquella noche, estando a oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias”,¹³ Campuzano los escuchó hablar.

Ante la incredulidad de su amigo, el propio Campuzano le asegura que él mismo ha pensado muchas veces que no fue cierto lo que escuchó y quiso creer que era “cosa soñada”; sin embargo, ha tenido que rendirse ante la evidencia de lo sucedido: no fue sueño porque estaba bien despierto y “oí, escuché, noté y finalmente escribi sin faltar palabra por su concierto.”¹⁴

De esta forma, y para asegurarse de que no fue un sueño, Campuzano compromete al licenciado Peralta el “ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, o sean quien fueren, hablaron.”¹⁵ Al terminar, le comunica a su amigo que no fue una sola noche la que los perros hablaron, sino dos, aunque sólo de una de ellas tenía el escrito, que es la vida de Berganza, y deja para después el relato de la vida de Cipión, que fue el diálogo de la segunda noche.

De esta manera dejó Campuzano en manos de su amigo el cartazapacio con su escrito, advirtiéndole que puede leerlo si quiere, “esos sueños o disparates, que no tienen otra cosa de bueno sino el de poderlos dejar cuando enfaden.”¹⁶

En esta forma termina este cuento de Cervantes para dar paso al siguiente que, lógicamente se titula: **Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza**. En esta novela ejemplar, la acción transcurre una noche en que los dos perros protagonistas deciden, en virtud del don de la palabra con el que se han encontrado, dejar la guardia en la puerta del Hospital de la Resurrección en Valladolid, con el fin de aprovechar su momentáneo don y dedicarse a contarse sus respectivas aventuras. Desde el comienzo queda establecido que se trata de un portento que los animales no se pueden explicar; lo que sí queda claro es que la posibilidad de la palabra es lo que hace posible que seres irracionales, adquieran el don del pensamiento verbal. Como bien explicó Freud varios siglos después, lo que distingue el reino de lo irracional –es decir, el inconsciente– de la racionalidad, es la posibilidad de que a las representaciones cosa se les adicione las representaciones palabra. Gracias a esta circunstancia, Berganza podrá contar-

le su historia a su amigo Cipión, y éste podrá hacer algunos comentarios sobre lo narrado por el primero, entre otras cosas, que la palabra es lo que hace posible la razón –es decir–, el proceso secundario, en términos de Freud.

De esta manera, Berganza siente que “ahora que, tan sin pensarlo, me veo enriquecido de este divino don de la habla, pienso gozarle y aprovecharme de él lo más que pudiere, dándome prisa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente...”¹⁷ Así es como los perros acuerdan que esa noche Berganza le contará a su compañero las cuitas de su vida y que la siguiente noche será Cipión quien le cuente su vida a Berganza... aunque de esa segunda noche nunca supimos nada.

Asegurándose primero de que nadie les escucha; viendo que el único que por allí cerca está es “un soldado tomando sudores” (muy posiblemente el alférez Campuzano que está sometido a este tipo de tratamiento), se dispone Berganza a desgranar diversos episodios de su vida, prometiendo Cipión por su parte: “yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.”¹⁸

Es así como Berganza nos hace saber que nació en el Matadero de Sevilla, en las afueras de la Puerta de la Carne. Allí tuvo su primer amo, un sujeto llamado Nicolás, el Romo, mozo robusto y colérico, gente que “con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca”, quien le enseñó a arremeter con los toros y tomarlos por las orejas con el fin de manejar el ganado. Luego de escuchar sobre la baja ralea de esos jiferos, Cipión le comenta que eso no le maravilla, puesto que “como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.”¹⁹

El primer nombre que recibió de este amo acostumbrado a la rapiña cotidiana fue el de Gavilán y, entre otras cosas, llevaba a una moza algunas porciones hurtadas de lo que salía del rastro. Pero sucedió en una ocasión que, por haberse dejado robar la cotidiana porción por una hermosa mujer, su amo lleno de rabia le tiró una puñalada, que gracias a haberla desviado a tiempo, tuvo la oportunidad de huir e irse al campo. Allí lo encontraron unos pastores que cuidaban un rebaño de ovejas y carneros que lo adoptaron por ver que era de buena casta, dándole por nombre el de Barcino.

Ante cierta tendencia a los circunloquios y desvíos, Cipión le recomienda a su amigo que no pierda el tiempo y le recuerda “que eres un animal que carece de razón y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista”,²⁰ a lo que Berganza le replica que ahora que tiene ese don, “no sólo me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.”²¹ De alguna manera, es como si el mundo irracional, animal, fuese lo de siempre, y el don de la pa-

labra, algo episódico y maravilloso; sin embargo, la palabra nunca termina de dar cuenta de ese mundo representacional que, de esta forma, siempre conserva cosas no dichas ni decibles en el lenguaje de las palabras.

Pero resultó que los pastores eran bastante sinvergüenzas y, fingiendo que los lobos mataban a las ovejas, eran ellos quienes las mataban con el fin de disponer de ellas para su propio beneficio. Ante estas explicaciones, el amo mandaba azotar y reprender a los perros perezosos. Decepcionado de sus amos del campo, determinó dejar el oficio de perro pastor y se volvió a Sevilla, donde entró a servir a un mercader muy rico.

El diálogo se presta para ambos perros que se enzarcan en una discusión en torno de las murmuraciones y maledicciones de la gente, lo que le hace decir a Berganza que “mucho ha de saber y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración”, ya que el “hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres, y lo mamamos en la leche. Vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas, cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien, a su parecer, le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla es llamar puta a su ama o a su madre.”²² Nuevamente, Cervantes nos advierte, en boca de sus perrunos personajes, sobre la proclividad del humano para el mal, para agredir a los que le rodean, de obra, de palabra o de pensamiento –germen que no dejaría de fructificar en algún rincón de la mente de Freud, emergiendo hasta 1920 en su segunda teoría pulsional–.

Al poco de hablar de estas cosas, Berganza le pregunta Cipión lo que quiere decir la palabra filosofía, a lo que el aludido responde con la definición adecuada pues de lo que comienzan a tratar es de asuntos éticos, principalmente en torno de la honradez, admitiendo Berganza que él es un perro que está muy lejos de cumplir su palabra en relación con abstenerse de la murmuración. Ante esto Cipión pontifica con una clara reprobación: “Si tú fueras persona –le dice– fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo porque le alaban, como todos los hipócritas hacen.”²³ Creo que Winnicott hubiese estado de acuerdo con esta definición de falso *self*.

Finalmente, cuenta como la arremetió en contra de una negra que, aprovechándose de las circunstancias se refocilaba con un criado negro, y pretendía comprar su silencio con algún regalo para el paladar. De esta forma se lanzó en contra de ella y sin ladrar, para no despertar a los de la casa, la dejó hecha una lástima a la mujer, con la camisa

toda rota y un mulso hecho pedazos. La mujer se vengó retirándole la comida y, más adelante, intentando envenenarle, por lo que al final tuvo Berganza que volver a huir.

Al poco tiempo se encontró con el alguacil del principio de su historia, amigo de su antiguo amo Nicolás, *el Romo* quien de inmediato le reconoció. El alguacil era amigo de un escribano y ambos estaban amancebados con dos mujercillas, “verdad es que tenían algo de buenas caras; pero mucho de desenfado y de taimerías putescas.”²⁴ Estando en contubernio con estas dos mujerzuelas, solían desplumar a algunos extranjeros descuidados pues cuando las mujeres los ligaban daban aviso al alguacil y su amigo acerca de la posada a la que se los habían llevado; allí llegaban, los prendían por amancebados, pero nunca los llevaban a la cárcel pues los acusados siempre pagaban bien el favor de que se hicieran de la vista gorda. Pero ocasión hubo en que aquellas mañas de la Colindres, que así se llamaba una de las mozas, no salió todo lo bien que deseaban, con lo que promovieron mucho escándalo nada bueno para ninguno de ellos.

Finalmente Berganza se cansó de la vida crápula que su amo le proporcionaba y las deshonestas cosas en las que tenía que participar, por lo que de nueva cuenta se fue de su casa y fue a para a Mairena, con un atambor, quien se enseñó a bailar al son del atambor y hacer otras monerías, por lo que le puso por nombre el de *el perro sabio*, e iban de pueblo en pueblo entreteniéndolo a la gente. Así llegaron hasta el pueblo de Montilla, donde tuvieron una serie de aventuras, incluyendo el conocer a una vieja que creyó que él era Montiel, y quien le contó la famosa historia de la famosa hechicera conocida como la *Camacha* de Montilla. Esta bruja, a la que se le conocía como la *Cañizares*, tenía fama de convertir los hombres en animales, de esta forma se decía que durante seis años se había servido de un sacristán convertido en asno. Esta mujer le reveló que él, Berganza, era hijo de la *Montiela*, casi tan famosa como la *Camacha*. En realidad se trató de un acto de envidia de la *Camacha*, que ayudó a asistir el parto de la *Cañizares*, diciéndole que había parido dos perritos; pero luego, en su lecho de muerte, le confesó a su amiga que había sido su brujería la que había convertido a sus hijos en perros. En relación a las brujerías de este personaje, Berganza consigna las siguientes observaciones de la bruja: “Hay opinión que no vamos a estos convites, sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido; otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de

una o de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferencia de cuando vamos real y verdaderamente. Algunas experiencias de esto han hecho los señores Inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo.”²⁵ Tan larga cita vale la pena, pues es precursora de aquella famosa carta en la que Freud declara “ya no creo en mi neurótica” y que posibilitó su acceso al conocimiento de la confusión existente en la mente de las histéricas entre verdad y fantasía.

Más adelante, en relación con las unturas que las brujas usan, comentaba la Camacha que “son tan frías, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente.”²⁶ Y sin que haga falta hablar de histeria o de su origen en la sexualidad, agrega: “...y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales, que la memoria se escandaliza en acordarse de ellos, y así la lengua huye de contarlos.”²⁷

Al relacionarlo con cosas de brujería, Berganza tuvo, de nueva cuenta, de poner tierra de por medio, llegándose a un campamento de gitanos en Granada, donde estuvo veinte días. Aquí toma la palabra Cipión y en una larga “intervención” le hace ver a su amigo Berganza la diferencia que existe entre la fantasía y la realidad, entre la gente burladora y la honesta; a lo que Berganza replica: “...vengo a pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado, y lo que estamos pasando, es sueño, y que somos perros. Pero no por esto dejemos de gozar de este bien de la habla que tenemos.”²⁸

Finalmente, y luego de relatar cómo los gitanos eran unos consumados ladrones y timadores, y dado que tenían la intención de irse a Murcia y esto no era del agrado de Berganza también decidió dejarlos, yendo a parar a la huerta de un morisco quien le acogió de buena manera y con quien estuvo un mes, pues era tal la mezquindad y avaricia de este morisco que no le daba nada de comer a cambio de sus servicios. El morisco tenía un amigo que era poeta y cuando este último se fue a la ciudad el perro le siguió con determinación. De esta suerte llegó a Valladolid con una compañía de comediantes, dramas en los que acabó participando. Pero en uno de ellos lo hirieron gravemente, por lo que decidió seguir al cristiano Mahudes, amo de su amigo, quien le eligió por compañero de Cipión y le llevó al Hospital de la Resurrección de Valladolid, sitio donde se empezó a narrar esta historia.

Al terminar su novela, Cervantes trae de nueva cuenta la plática habida entre el alferez y el Licenciado, que termina con la siguiente declaración del segundo: “Aunque este coloquio sea fingido, y nunca

haya pasado, pareceme que está tan bien compuestro, que puede el señor Alférez pasar adelante con el segundo”,²⁹ situación que, desgraciadamente, no se lleva a cabo, por lo que terminó la historia.

En este **Coloquio...** ya podemos observar ese juego dialéctico que Cervantes establece en muchas de sus obras: la tensión entre la realidad objetiva, histórica o material, y la realidad subjetiva, interna o psíquica; entre el mundo de la realidad y el mundo de la fantasías, entremezclándolos y estableciendo una serie de puentes que, en el **Quijote...** constituyen la trama misma del desarrollo novelesco de su protagonista y su no menos celebrísimo escudero.

Freud le habría de seguir puntualmente no sólo en el estilo dialéctico que usó en algunos de sus escritos, sino en esa tensión entre locura y cordura cuyos límites, otrora nítidos y tranquilizantes, se encargó de cuestionar y borrar.

Como bien han destacado Grinberg y Rodríguez estos autores, hay que recordar que “Cervantes presenta la locura como un fenómeno complejo, pero inteligible en términos de motivos humanos... Don Quijote no sólo habla de la ‘razón de la sinrazón’ (...) sino que constantemente da pruebas de que sus actos y palabras pueden ser comprendidos si se atiende a los motivos que tiene para producirlos.”³⁰ Entender el **Coloquio...** como el producto de un delirio febril del alférez es la hazaña de Cervantes quien ha podido concebir este producto psicopatológico no como el producto de la intervención del demonio y sus brujas, muy al uso de las tradicionales explicaciones religiosas, sino como el derivado de causas perfectamente naturales, con lo que la locura queda plenamente entendida desde una nueva perspectiva.

De esta forma vemos cómo Cervantes nos muestra, en primer lugar, tanto en el **Quijote** como en **El licenciado Vidriera** y Tomás Rodaja, su enloquecido protagonista, que la locura es la manifestación de aspectos del pensamiento y las emociones del mundo interno, oculto al conocimiento de la conciencia (como Shakespeare también lo mostraría en varios de sus dramas). En segundo término, el **Coloquio de los perros**, como el **Quijote** están atravesados claramente por la tesis de las relaciones antinómicas y complementarias que hay entre la razón y la locura, entre el mundo interno y el externo, entre el mundo de la fantasía y el de la realidad. En tercer término, tanto en el **Coloquio...** como en el **Quijote** estamos ante textos en los que se indaga el peliagudo interrogante acerca de la verdad, principalmente la verdad del mundo interno.

Como podemos ver, si bien es verdad que el psicoanálisis aplicado a la literatura ha develado mu-

chos de los interrogantes de este campo, hay que justipreciar también que la literatura ha dado al psicoanálisis, desde siempre, sus más profundos conocimientos. Al final, sólo cabe recordar que Freud aconsejaba a sus seguidores: “En caso de duda, preguntad a los poetas.”

REFERENCIAS

1. Grinberg, L. y Rodríguez, J.F. (1984): La influencia de Cervantes sobre el futuro creador del psicoanálisis, *Psicoanálisis (APdeBA)*, VI (2-3): 487-515
2. Jones E (1953). Vida y obra de Sigmund Freud I. Infancia y juventud. El autoanálisis. La interpretación de los sueños (1856-1900). Trad. de Mario Carlisky. 3a. Ed. Buenos Aires: Ed. Hormé; 1979.
4. Cervantes M. de (1613). El casamiento engañoso. En: *Novelas ejemplares*. México: Libreros Mexicanos Unidos; 1956, p. 237.
5. *Ibidem*
6. *Op.cit.*, p. 238
7. *Ibidem*
8. *Ibid.*
9. *Ib.*
10. *Op.cit.*, p. 239.
11. *Ibidem*
12. *Op.cit.*, p. 242
13. *Op.cit.*, p. 243
14. *Ibidem*
15. *Ibid.*
16. *Op.cit.*, p. 244
17. Cervantes M. de (1613). Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza. En: *Novelas ejemplares*. México: Libreros Mexicanos Unidos; 1956, p. 246.
18. *Ibidem*
19. *Ibid.*
20. *Op.cit.*, p. 249
21. *Ibidem*
22. *Op.cit.*, p. 252
23. *Op.cit.*, p. 255
24. *Op.cit.*, p. 257
25. *Op.cit.*, p. 265
26. *Op.cit.*, p. 266
27. *Op.cit.*, p. 267
28. *Op.cit.*, p. 269
29. *Op.cit.*, p. 276
30. Grinberg L, Rodríguez JF (1984). *Op.cit.*, p. 499.

BIBLIOGRAFÍA

1. Cervantes M. de (1613). El casamiento engañoso. En: *Novelas ejemplares*. México: Libreros Mexicanos Unidos; 1956, p. 237-44.
2. Cervantes M. de (1613). Coloquio que pasó entre Cipión y Berganza. En: *Novelas ejemplares*. México: Libreros Mexicanos Unidos; 1956, p. 245-2276.
3. Freud S. (1873-1890). *Epistolario I*, trad. de Joaquín Merino Pérez. Barcelona: Plaza & Janés; 1970.
4. Grinberg L, Rodríguez JF. La influencia de Cervantes sobre el futuro creador del psicoanálisis. *Psicoanálisis (APdeBA)* 1984; VI(2-3): 487-515.
5. Jones E (1953). Vida y obra de Sigmund Freud I. Infancia y juventud. El autoanálisis. La interpretación de los sueños (1856-1900). Trad. de Mario Carlisky. 3a. Ed. Buenos Aires: Ed. Hormé; 1979.

Recibido: Febrero 13, 2008.
Aceptado: Junio 18, 2008.